



LA "OTRA" BIOGRAFIA DE ALAIN DELON

Por ADOLFO MARSILLACH

HABIA un hombre en el patio de butacas. Un hombre que miraba fijamente al escenario. Iba vestido de oscuro y un cuaderno de notas descansaba con cierta levedad sobre sus rodillas. Tenía un gesto inteligente y un perfil de «condottiero». A su alrededor, una corte de aduladores repetía las mismas frases:

—Oui, monsieur le comte. Tout de suite, monsieur le comte.

Pero a él no parecía importarle. Seguía con los ojos fijos en el escenario, sobre el que, al parecer, estaba sucediendo algo fascinante.

Una pareja de jóvenes actores, con trajes de ensayo, recitaban con alguna dificultad una escena apasionada. Después, él la cogía del brazo hasta hacerla daño. El beso caía pesado en su boca como algo lógico.

—¡No, no, así no! Los protagonistas de esta historia no pueden besarse así. No pueden besarse como dos individuos normales que viven un amor vulgar. Lo que les ocurre es demasiado monstruoso para que sea el simple resultado de una pasión. La falta de sentido moral está tan llevada al límite que llega a purificarlos. Aun en la degradación humana existe un fondo de grandeza.

Los actores que estaban ensayando repitieron varias veces la escena. El director les corrigió los movimientos, las inflexiones de voz, el sentido de las frases. Había, en su manera de dirigir, un tono suave e irritante al mismo tiempo. Parecía allí, en el fondo del patio de butacas, un príncipe del Renacimiento, un aristócrata venido a menos que pasara unos días en París. Cuando movía las manos para expresarse, cuando señalaba una postura escénica o cuando tomaba notas en su cuaderno, toda una teoría escénica parecía ponerse de pie. Nada quedaba en sus gestos de aquel ayudante de dirección de Renoir, cuando «París era el centro del mundo» y a él le gustaba discutir de literatura con Cocteau y de escenografía con Leonor Fini.

Apenas se podía adivinar algo de aquel hombre en este de ahora. En este Luchino Visconti que en marzo de 1961 dirigía en el Théâtre de Paris una obra de John Ford titulada «Lástima que sea una p...»

Cuando Alain Delon, a los diecisiete años, luchaba en Indochina, alistado en el ejército francés, no podía imaginar que iba a ser el protagonista de la obra. Tampoco podía suponerlo Romy Schneider, hija de una conocida actriz alemana y futura intérprete de todas las «Sissi» del mundo.

Y, sin embargo, allí estaban. Asustados, temblándoles las manos, huérfanos de experiencia. Pero estaban. Era la primera vez que actuaban en la escena y no parecían muy seguros del resultado de la aventura.

Todo empezó cuando Alain —a quien debe ser difícil negarle algo— le dijo a Visconti que quería trabajar en el teatro. Estaban rodando entonces «Rocco y sus hermanos». Visconti lo pensó un momento, no mucho. Luego dijo que sí y buscó la obra. Recordaba haber leído hacía muchos años una comedia escrita por John Ford en 1633. Era un tema difícil e irritante. Relataba los amores incestuosos de dos hermanos en los que al final él —Giovanni— acababa asesinando a ella —Annabella—.

Cuando Romy Schneider fue una tarde a buscar a su novio —Alain Delon— a los Estudios, Visconti pensó:

—Tiene la inocencia de un ángel de Botticelli; la espiritualidad de un arcángel de Rafael.

No importaba que jamás hubiera salido a un escenario; tampoco era grave su acento alemán hablando francés. Al contrario. Una ciudad que aplaude a la Popescu, a la Bergman o a Vallone puede permitirse estos lujos. Tampoco Alain Delon era un actor de teatro. ¿Y qué? Para algo estaba él allí, él, Luchino Visconti: un creador.

SIGUE



La pareja Romy-Alain. La antigua Sissi, escapada ya de aquel personaje, lleva camino de convertirse en la «novia eterna» del joven actor.

Admiro a Visconti, aunque alguna vez lo discuto. Me entusiasmó su montaje de «La locandiera», de Goldoni; me decepcionó el de «Dos sobre el balcón»; me volvió a gustar el de «Hijos del arte», de Fabri. Recuerdo todavía con emoción sus «Noches blancas». Me pareció bella, pero falsa, «Rocco y sus hermanos».

En cualquier caso, discutible o no, Luchino Visconti es un hombre de mucho talento, con una personalidad arrolladora. Todo lo que él hace, inventa o crea, lleva el sello característico de su genio. Es uno de los individuos que más me gustaría conocer. Es tanta su fuerza, que a veces siento que se pierde en algunos preciosismos inútiles. Se me ocurre que está un tanto emborrachado de sí mismo: de sus sutilezas, de sus matices, de su plástica. Borracho también, un poco, de su mensaje. Me da la impresión de que él es su mayor enemigo; un generoso enemigo que le llena los bolsillos de inteligencia hasta rebosarlos.

Pero yo no quiero hacer la «otra» biografía de Visconti. No era éste, al menos, mi propósito al empezar a escribir. Yo quería explicarles a mi manera quién es Alain Delon. Y, en vez de esto, le he dejado encima de un escenario recitando un texto del siglo XVII.

Alain Delon tendrá ahora veinticuatro años y ustedes le han visto en «A pleno sol», «Rocco y sus hermanos» y, últimamente, en «Débiles mujeres». Es un chico guapo que tiene encanto y una mirada triste que gusta a las mujeres. No es el tipo de hombre violento que enloquecía a las jovencitas de hace diez años. No. Hay algo candoroso en su expresión, algo que parece indicar que no es capaz de hacer daño. Ese será el secreto de su éxito, supongo.

Hijo de una mujer que trabajaba en una salchichería, fue siempre un niño pobre. Cuando regresó de Indochina, estuvo empleado de lavaplatos en un restaurante.

Una vez se fue a Cannes, durante un festival de cine, con un amigo suyo que empezaba a ser actor y que se llamaba —se llama todavía y también ha triunfado— Jean-Claude Brialy. Allí lo descubrió uno de esos buscadores de talento, que, según dicen, abundan fuera de España. Su primera película fue «Cuando intervino la mujer», bajo la dirección de Yves Allegret. A los dos años rueda «Cristina» y conoce a Romy Schneider, la dulce jovencita germánica con aire de reina austríaca y de novia de tarde. Y, ¡lo que son las cosas!, se enamoran y empiezan una vida juntos, mientras los periódicos aseguran que un día u otro se casarán.

Ella —Romy— dijo una vez:



Visconti, que le dirigió en «Rocco y sus hermanos» y sobre un escenario de París, le llamó nuevamente para interpretar «El gatopardo», junto a la Cardinale y Burt Lancaster. En la foto, Visconti y Delon.

—Nuestro amor no es un truco publicitario. Y no me importa que mi madre lo desaprobe. Con Alain he comprendido varias cosas. Entre ellas, que las películas que hacía eran estúpidas. Quisiera que nadie me conociese, para poder empezar de nuevo.

Bueno, eso es un poco lo que intentaban bajo la mirada vigilante de Visconti. Dos actores acostumbrados únicamente a ser «vedettes» del cine, emprendían la gran aventura del teatro. A mí, particularmente, me parece bien. Supongo —no pregunten ustedes por qué— que sus carreras no serán muy brillantes en este sentido, pero no importa. Sólo el hecho de probarlo merece mis respetos.

Me gusta que Alain Delon y Romy Schneider quieran ser algo más que un chico guapo y una chica atractiva. Me gusta que les dirija Visconti. Y me da igual que fracasen o no. Lo más importante ya está hecho.



Ultima película de Alain Delon: «Melodie en sous-sol», con Jean Gabin. En el fotograma, el actor aparece junto a Carla-Manier y Rita Cadillac.

una línea,
un estilo,
una personalidad

ARGE. S. A.

EN LOS MEJORES ESTABLECIMIENTOS

Creaciones

Sanclari

la marca que ha lanzado el dinámico, cómodo,
práctico y moderno pantalón CLARMANT

